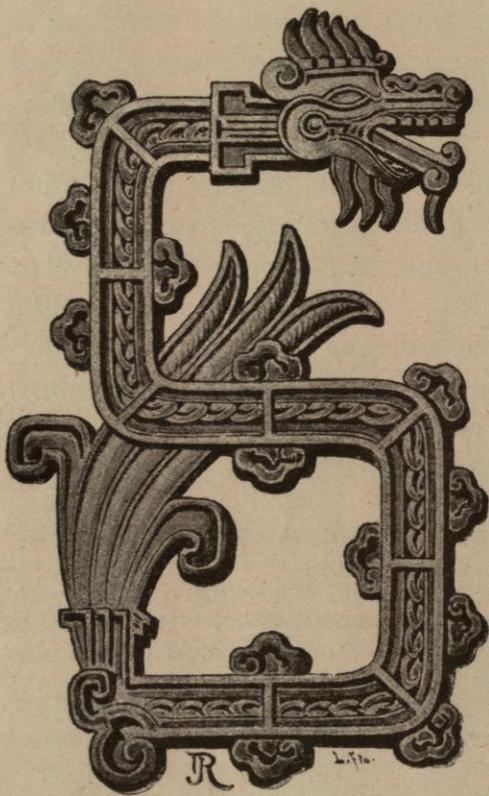




*Pueblo de Taos (Nuevo Méjico).*

## LA HISTORIA DEL ARTE AMERICANO

(ARTÍCULO PRIMERO)



I

SIEMPRE que se trata de hacer la historia del arte de un país cualquiera, lo primero que se procura es establecer la cronología monumental, aplicando á la crítica de los monumentos los datos cronológicos de la historia política. Este sistema ha podido seguirse sin tropiezos y con excelente resultado en la historia del arte egipcio, en la del caldeo-asirio, en la del griego, en la del romano, en la de los estilos de la Edad Media, etc.; y no hay que decir cuánto han contribuído á tan feliz éxito las inscripciones y los textos coetáneos á los monumentos. Conocida además la sucesión de los diversos estilos, demostradas las influencias de unos pueblos en otros, definidos los

elementos estéticos que dieron origen primero al arte oriental y luego al europeo, ha llegado á seguirse la historia monumental por siglos, por años á veces, y se ha podido trazar el proceso general del arte, formando así sobre datos positivos un cuerpo de doctrina.

Mas en la América ante-colombina, donde las inscripciones monumentales permanecen mudas todavía, donde los datos que nos suministran los escritores españoles son harto tardíos, harto incompletos y harto deficientes para lo que exige la crítica moderna; donde nos falta un Manetón que diera la cronología política, nos falta un Herodoto que hubiese recogido los antecedentes históricos en los tiempos de esplendor y de paz de aquellos imperios, y nos falta un Pausanias que con amor filial describiese los monumentos... ¿cómo establecer la cronología monumental? La conocida frase de un escritor norte-americano, *el Nuevo Mundo es un gran misterio*, resalta con más elocuencia que en ningún otro caso cuando el espíritu investigador se afana por conocer los monumentos de América —únicos restos tangibles de unos pueblos desconocidos— los ve, los palpa, los interroga, examinándolos detalle por detalle, y no consigue arrancarles el secreto de su origen.

Tales deficiencias justifican, sin duda, el modo de proceder que los historiadores del arte han observado respecto de los monumentos americanos, de los cuales se han ocupado sin otro sistema de clasificación que el que naturalmente impone la geografía, y esto de manera que solamente establecen dos agrupaciones: Méjico, y con éste la América Central, y Perú. Dado este sistema, de él se ha seguido naturalmente la consecuencia de que las personas aficionadas á las cosas de arte no vean en lo tocante á América más que dos estilos: el mejicano y el peruano; sin que alcance la diferencia que hacen entre uno y otro á más que á considerar del primero los *teocallis* ó templos piramidales, de los que apenas si tienen idea exacta, y del segundo los conocidos vasos encontrados, con las momias, en las sepulturas ó *huacas*.

Solamente los americanistas saben que en los terrenos geológicos del continente americano se han descubierto las osamentas de los aborígenes y los restos preciosos de la cultura primaria; saben que en la América del Norte subsisten monumentos de dos civilizaciones distintas; saben que en Chiapa, en Yucatán y en Méjico hay monumentos diversos que denotan distintas manos y distintas épocas; saben, en fin, que en Perú se encuentran verdaderos monumentos megalíticos, restos sin duda de unas gentes primitivas y otros que sólo pudo producirlos una civilización poderosa. Pero los americanistas saben también que todos esos monumentos ofrecen tales particularidades, á veces tan extrañas desemejanzas, tan peregrinas analogías, manifiestan unas diferencias de procedimientos, se muestran tan complejos en su conjunto, tan oscuros en sus detalles, que el espíritu más fortalecido por la erudición y más sostenido por la constancia, desmaya, á la postre, cuando intenta someter un tan vario y tan vasto contingente arqueológico á un sistema racional de clasificación.

Ansiosos de luz y de puntos de partida los americanistas han demandado el auxilio de la Etnología y la Antropología y han puesto á contribución las tradiciones re-

cogidas por los escritores españoles. La Antropología, perpleja á su vez, ante la variedad de caracteres étnicos que en América se encuentran, persiguiendo, sin embargo, las formas típicas, ha logrado distinguir una raza primitiva, dolicocefala, que vivió en los tiempos geológicos, juntamente con los grandes paquidermos y los grandes edentados cuyas especies extinguidas sólo se conocen en estado fósil; y señala después otras razas que por inmigraciones sucesivas, desde una época, remota, sin duda, que hasta ahora no ha sido posible determinar, invaden la América y avanzando de Norte á Sur modifican de un modo notable la condición de los primitivos habitantes, pues forman las naciones civilizadas de Méjico, de la América central y de Perú. De esas razas han dicho Quatrefages y Hamy, en su obra titulada *Crania Ethnica* <sup>1</sup>, que, abstracción hecha de las deformaciones craneanas, tan frecuentes (punto del cual no nos hemos de ocupar ahora, pero que constituye un rasgo típico y consiste en la depresión del frontal, como se ve, por ejemplo, en las figuras de los bajo-relieves de Palenque), se advierte la proximidad de unas á otras; y que si se intenta descomponerlas en sus elementos constitutivos se advierte entre estos elementos si no identidad cercano parentesco. Á lo cual añade oportunamente el marqués de Nadaillac <sup>2</sup>, qué, entre esos elementos, los más importantes, como número y como influencia, son las inmigraciones asiáticas, inmigraciones de gentes amarillas y braquicefalas: poblaciones de raza Nahuatl, que se sucedieron durante largos siglos y en su mayor parte arribaron por las islas del Norte; pero que desde antes de todo esto había en América otros hombres, de los cuales pueden muy bien ser representantes los esquimales, al Norte, y los botocudos y patagones, al Sur.

Los etnógrafos admiten dos grandes grupos en las gentes de raza Nahuatl: los mayas y los nahuas, y distinguen entre ellos, especialmente entre los últimos, grupos distintos, tales como los olmecas, toltecas, miztecas, zapotecas, chichimecas y aztecas y los quichúas del Perú.

De todos estos datos, como se ve, deducimos dos conclusiones importantes: una, la sucesión de las poblaciones de América y otra el origen asiático de las gentes que allí llevaron la civilización. Nada de esto, en verdad, son datos cronológicos; pero son puntos de partida, jalones para marcar el proceso de la cultura americana. Para deducir consecuencias sobre estos datos hay que proceder por inducción; y si ha de informarnos un criterio positivo, hay que desechar las hipótesis y fantasías con que algunos autores han pretendido fijar en números redondos la antigüedad de la civilización americana. El abate Brasseur de Bourbourg, apoyándose en el *Popol-Vuh*, la fija en 955 años antes de J. C.; Clavigero, en su crónica, en 596: Veytia hace subir la fecha de las inmigraciones nahuas á 2237 años de la creación del mundo; Valentini las calcula en 137 años antes de nuestra Era; Fernando Alva de Ixtlilxochit marca el año 503 como fecha de la fundación de Tezcucó. La mayor parte de estas hipótesis están fundadas sobre los *Katunes* ó inscripciones y los manuscritos yucate-

<sup>1</sup> Página 480.

<sup>2</sup> *L'Amérique Préhistorique*, pág. 574.

cos ó mejicanos, cuya interpretación no ha pasado del terreno de los ensayos. El *Popol-Vuh* ó libro divino de los toltecas, escrito en lengua quichúa y traducido al francés por Brasseur de Bourbourg, es más curioso por las tradiciones míticas que contiene que por las listas que da de las dinastías reales, pues éstas demuestran que fué redactado «diez ó quince años próximamente, antes del establecimiento del gobierno español», dice el traductor en el comentario preliminar <sup>1</sup>.

De los informes históricos recogidos, y de las tradiciones que de los orígenes de su civilización conservaban los pueblos de raza Nahuatl, se deduce una comprobación de lo expuesto. En cuanto á los mayas, considerados por muchos como los primeros inmigrantes nahuas (aunque tal prioridad no está demostrada), se tiene por cierto que hubieron de establecerse en las costas del Atlántico, luego emigraron á Cuba, después se establecieron en Chiapa. Su tradición mítica les decía que el fundador del imperio maya fué Votan, un personaje enviado de los dioses, que vino *del país en que se hace la sombra, del otro lado de los mares*. Á la llegada de Votan, el territorio comprendido entre el istmo de Panamá y la California estaba poblado por gentes salvajes, que habitaban en cavernas y se alimentaban de los frutos de la tierra y de la carne de los animales, que devoraban cruda y sangrando. Votan lucha con estas gentes, las impone el yugo de su dominación y funda el imperio de Xibalba. La capital de este fué Nachan (la ciudad de las serpientes) cuyos restos creen verse en los monumentos de Palenque. Las capitales de los estados tributarios fueron Mayapán, Tulán y Copán. Sabemos que los quiches destruyeron el imperio de Xibalba; pero nos faltan datos para precisar las fechas de este y de los demás hechos de la historia de los mayas. Lo único admitido es que los mayas poblaron el Yucatán.

En Méjico, ó mejor dicho en el Anahuac (país cuya extensión debe considerarse, según Becker entre los 18° y 21° por el Atlántico y 14° y 19° por el Pacífico) dominaron los nahuas, cuyas tribus diversas se disputaron sucesivamente la dominación, y de ellas, las principales, en el orden cronológico, son: los toltecas, cuyo arribo se fija en el siglo VI de nuestra Era, los chichimecas y los aztecas. El hecho culminante de la leyenda de los nahuas es la llegada al Anahuac de unos extranjeros blancos, barbudos, vestidos de negro—que no parece verosímil fueran otra cosa que sacerdotes budistas—los cuales predicaron una nueva doctrina y trajeron por jefe á un personaje semidivino llamado Quetzalcoatl que fué adorado por los naturales como encarnación de Tonacateatl, el creador de todas las cosas.

Por lo que hace al Perú, también allí existía la tradición del arribo de un reformador, Manco-Capac, que apareció con la hermosa Mamá-Ocillo, su hermana y mujer, dió á los indígenas los primeros elementos de la civilización, y haciéndoles derribar sus ídolos les enseñó á adorar un espíritu puro, ilimitado en el tiempo y en el espacio, creador y conservador del mundo, cuyas formas visibles eran el sol y la luna. Aquellos indígenas á quienes convirtió y dominó Manco-Capac parecen ser los

<sup>1</sup> *Popol Vuh*, pág. VIII.

aymarás, que cuando fueron los españoles habitaban la meseta de los Andes; las gentes civilizadoras que constituyeron el vasto imperio de los Incas, eran los quichúas, cuya procedencia de la América central queda indicada. Por conjeturas más ó menos fundadas se fija el reinado de Manco-Capac, por los años 1021 á 1062. Catorce Incas le sucedieron, el último de los cuales fué el desgraciado Atahualpa.

Ocioso sería analizar los inseguros datos de la historia de los Incas, como los referentes á los imperios de Yucatán y de Méjico desde Quetzalcoatl á Moctezuma II, pues toda la historia de la América ante-colombina está envuelta en un profundo misterio. Lo único que deducimos es que esos reformadores: Votan, su discípulo Zamna, Cukulcan, el fundador de Chichen-Itza que quizá es el mismo Quetzalcoatl, y que como Zamna predica en el Yucatán el celibato y el ascetismo; Manco-Capac y otros personajes análogos de que hablan diversas tradiciones americanas, en las cuales se consigna que tales extranjeros eran blancos y venían del Este, parecen ser sacerdotes budistas. Tampoco nos detendremos á examinar ciertos detalles de la historia del Extremo Oriente que favorecen esta creencia, ni hemos de insistir acerca de las semejanzas de los monumentos americanos con los de la India, la China y el Japón, punto del cual nos ocupamos tiempo hace en otro lugar.

Lo que nos importa consignar es: 1.º, que en América faltan los datos para establecer una cronología monumental, cierta; pero existen datos antropológicos, étnicos, míticos é históricos que permiten apreciar dos edades: una de carácter primitivo ó rudimentario; otra de civilización debida á las inmigraciones asiáticas; 2.º, que la influencia asiática se refleja en los monumentos de un modo más ó menos vivo y que por consiguiente del estudio de ellos mismos, de la comparación de unos con otros y de sus caracteres de antigüedad, es de donde puede deducirse una clasificación <sup>1</sup>.

Pero entiéndase bien que en América no pueden hacerse divisiones cerradas; no pueden hacerse por la oscuridad que reina en su historia, no pueden hacerse por lo varias que son allí las manifestaciones de la vida; pues si hoy, después de cuatro siglos de la conquista, hay grandes comarcas habitadas por indios, por indígenas en mayor ó menor estado de atraso, ¿qué sucedería en los tiempos de las dominaciones mayas y nahuas? Si se establecen divisiones, es solamente por la razón imperiosa de que sin método no hay estudio posible.

## II

Hace poco tiempo, en esta misma revista <sup>2</sup>, expusimos los caracteres generales que según nuestro modo de ver ofrece en su conjunto el antiguo arte americano. Ahora

<sup>1</sup> Quien desee detalles acerca de los orígenes asiáticos del arte americano, puede consultar nuestros artículos insertos en *La España Moderna* (tomos XXXI y XXXIII) bajo el título «Los antiguos monumentos americanos y las artes del Extremo Oriente».

<sup>2</sup> Véase en el núm. 5, nuestro artículo titulado «El antiguo Arte americano».

nos proponemos señalar, siquiera sea de un modo somero, las diferencias que presentan aquellos monumentos, cuando se comparan los de una localidad cualquiera con los de otras; en una palabra, vamos á hacer una tentativa de clasificación por estilos.

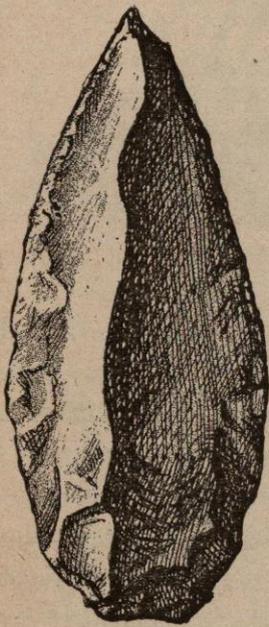
No hacen á nuestro objeto las antigüedades prehistóricas de América. Los vestigios más ó menos probables del hombre terciario, los instrumentos de piedra, esas hachas, cuchillos, puntos de lanza y de flecha, semejantes á los de Europa (especialmente á los de la Escandinavia), descubiertos en los terrenos cuaternarios, y en los *restos de población* (nosotros traducimos así la voz danesa *kjökkenmødings*, sustituida ya en el Plata por *paraderos* y en el Brasil por *sambaquis*): todo eso que determina las sucesivas etapas de la vida primaria y que demuestra que la población de América es tan antigua como la de nuestro continente y se ha desarrollado de igual manera, no ofrece otro interés que el arqueológico.

Sólo en este sentido y aunque sea de pasada nos hemos de permitir una observación encaminada á destruir un error, muy extendido por cierto, que respecto del empleo de las armas de piedra en América, existe en Europa.

Se cree vulgarmente que allí como aquí el empleo de la piedra sólo corresponde á los tiempos prehistóricos; que esos instrumentos de pedernal y de obsidiana, tallados ó pulimentados, tan abundantes en las colecciones son de una edad rudimentaria anterior á la edad en que se construyeron los monumentos de Palenque, de Yucatán, de Méjico y del Perú de los Incas. Esa creencia es un error, un craso error, que se desvanece con el hecho constante de la presencia de armas é instrumentos de piedra entre las armas de metal, los vasos de arcilla, etc., de esas civilizaciones. De obsidiana eran los cuchillos de los sacrificadores aztecas, de los que el museo Etnográfico de París conserva algún ejemplar; de calcedonia, tallado, es el célebre cuchillo de la colección Christy de Londres, con mango de madera tallado, incrustado de malaquita, figurando un personaje mítico; de pedernal y de obsidiana son las armas de Méjico y de Perú, cuyos hallazgos no dejan duda de su antigüedad reciente; y en fin ¿qué más? con armas de piedra se defendieron las gentes civilizadas de América, cuando la conquista. Estos hechos prueban que durante largos siglos de civilización la piedra fué contemporánea del metal en aquel continente. El ilustre Humboldt fué el primero en señalar el caso, diciendo que «así como los griegos y romanos conservaron el empleo del bronce mucho tiempo después de la introducción del hierro, los mejicanos y peruanos continuaron usando



Hacha de los aluviones del río Juchipila.



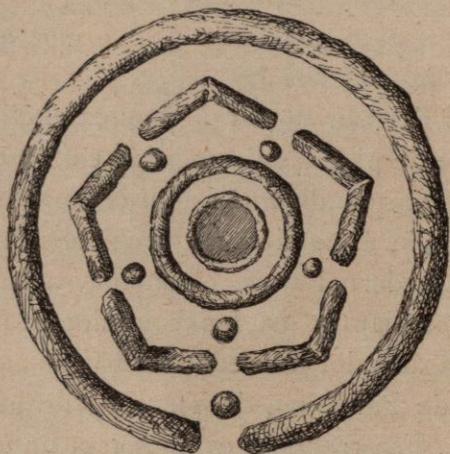
Punta de lanza hallada cerca de Guanajuato.

durante largos siglos de civilización la piedra fué contemporánea del metal en aquel continente. El ilustre Humboldt fué el primero en señalar el caso, diciendo que «así como los griegos y romanos conservaron el empleo del bronce mucho tiempo después de la introducción del hierro, los mejicanos y peruanos continuaron usando

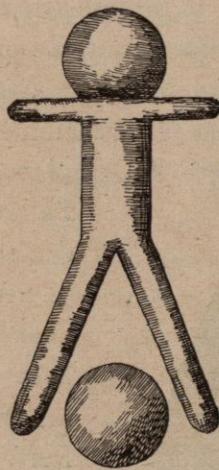
sus hachas de piedra cuando ya el cobre y el bronce les eran bastante conocidos»<sup>1</sup>.

La cuestión que acabamos de presentar nos da un elemento nuevo para juzgar de las extrañas condiciones en que se desarrolló la vida en los pueblos civilizados de la América precolombina; nos da una característica de aquella mezcla de indio y de asiático que encontramos en dichos pueblos. Esta característica comienza á dibujarse en los desconocidos habitantes del Norte, aquellos *mounds builders*, ó constructores de montículos y terraplenes y aquellos *cliff dwellers* ó habitantes de los huecos de las rocas, que se nos ofrecen como una especie de transición entre los hombres prehistóricos á que hemos hecho referencia y las gentes más adelantadas que levantaron los importantes monumentos de Palenque, de Yucatán, de Méjico y del Perú bajo los Incas.

Dichos montículos y terraplenes que se extienden á las orillas del Mississipí, del



Recinto sagrado formado por montículos (Wisconsin).

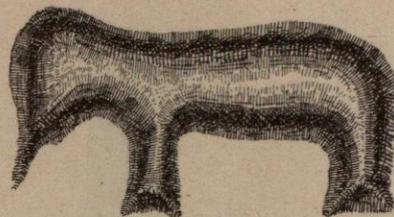


Montículo figurando un hombre.

Missuri y del Ohío, son unas construcciones de tierra apisonada, cuya altura varía de algunos centímetros á 30 metros y su diámetro de 1 á 300 metros. No son, como alguien cree y ha dicho, ejemplares de *túmulus*, no: son construcciones cuya característica es la regularidad matemática; sus plantas son circulares, ovales, cuadradas, triangulares, pentágonas ó poligonales de más número de lados, pero trazadas con tal precisión que revela en sus autores unos geómetras experimentados y prácticos. Juzgue el lector si entre estas obras y los *túmulus* prehistóricos de nuestro continente no hay una distancia tal que excluye toda comparación. Vasto es el territorio que ocupan los terraplenes y montículos, numerosos son éstos y tan variadas sus formas y disposiciones que se hace muy difícil someterlos á una clasificación. Pero los exploradores anglo-americanos han conseguido apreciarlos con bastante exactitud y distinguen: obras defensivas ó sea recintos colosales, ciudadelas, puestos avanzados, etc., con sus fosos y parapetos que á veces se extienden algunas millas por las márgenes de

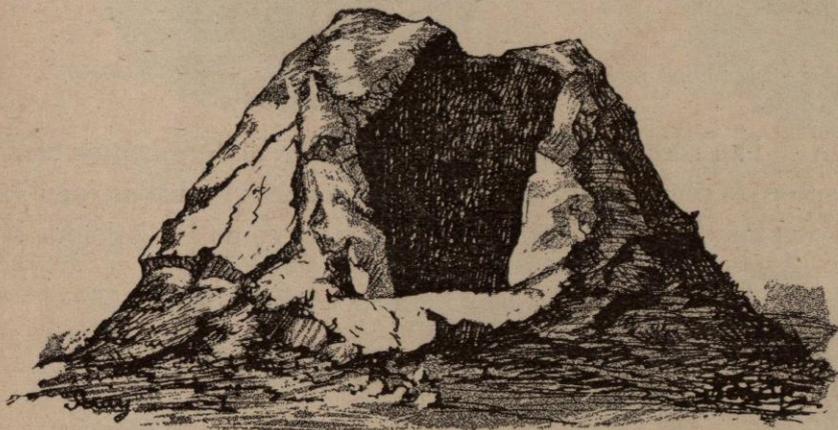
<sup>1</sup> *Sitios de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Madrid, 1878, pág. 217.

los ríos; recintos sagrados; templos piramidales, á veces escalonados; montículos para sacrificios, que figuran polígonos inscritos en un círculo y otras combinaciones geométricas harto singulares; montículos sepulcrales, que á veces se agrupan formando verdaderos cementerios, y en el interior de los cuales se han encontrado además de las osamentas ó cenizas de las personas enterradas, armas, instrumentos de piedra ó de cobre, vasos de arcilla, pipas y otros objetos de uso; y por último montículos cuya planta es un dibujo sumario, pero perfectamente regular, de una figura de animal, cuadrúpedo ó reptil, y, aun alguna vez de hombre.



Montículo que representa un mastodonte.  
(Se encuentra entre el Wisconsin y el Mississipi.)

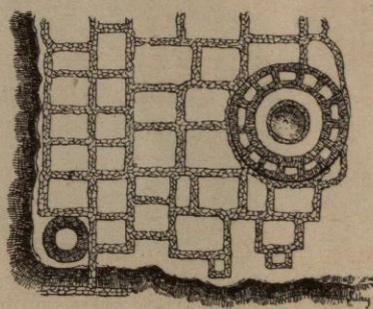
Las viviendas abiertas ó construídas en las rocas, en parajes inaccesibles de las



Montículo sepulcral, explorado.—San Luis (Missuri).

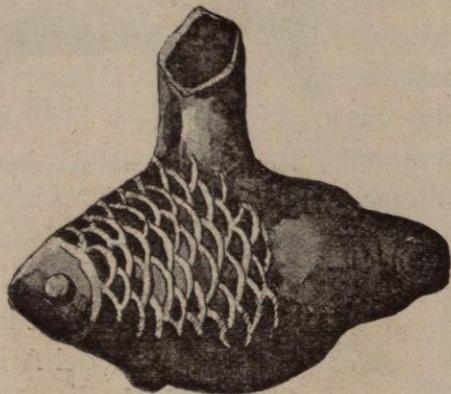
gargantas de la California, del Arizona, del Nuevo Méjico, de la Nevada, del Colorado y del país de los Mormones, viviendas que á causa de aparecer generalmente agrupadas cual si fuesen celdillas de abejas, denominaron los españoles *pueblos* y a cuyos ignorados autores

llaman os anglo-americanos *eliff-dwellers*, son otra manifestación de la vida precolombina, que ha sido estudiada con detención y revela también un conocimiento empírico, pero exacto, de la geometría. La regularidad matemática es aquí también una característica. La situación de tales construcciones son los valles, en otros tiempos, fértiles, y hay allí cavernas agrandadas ó grutas, cerradas con muros de adobes; hay verdaderas fortalezas, que revelan como en los terraplenes la necesidad constante de la defensa y hay los verdaderos *pueblos*, cuyas plantas cuadradas ó circulares, cruzadas por muros perpendiculares, ofrecen el curioso conjunto de celdillas á que se ha hecho referencia. Dichos muros son de piedras más ó menos escuadradas unidas con arcilla y en los interiores suele haber un revestimiento de



Planta del pueblo de Mac-Elmo.

arcilla también, finamente hecho. Es muy característica de los *pueblos* la superposición escalonada de pisos, cuya comunicación se facilitaba tan sólo con escaleras de mano y por fuera.



Vaso de color amarillo (De un montículo del Missouri).



Vaso de color negro (De un montículo del Missouri).

En los *pueblos* también se han recogido vasos y gran cantidad de fragmentos cerámicos, armas é instrumentos de piedra, adornos de cobre, conchas grabadas, amuletos diversos de piedra y cuentas de collar. Todos estos objetos, como los hallados en



Botella con fajas pardas, blancas y rojas.  
(De un montículo del Missouri).



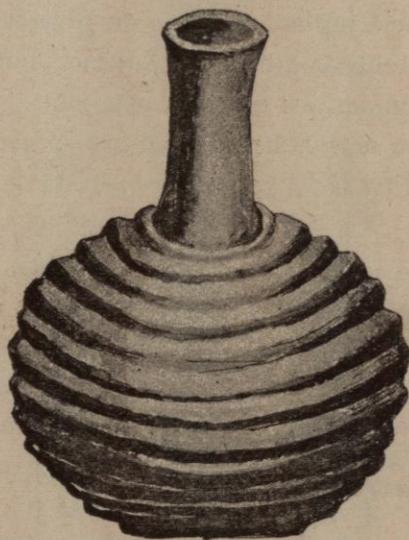
Vaso pintado (De un montículo del Ohio).

los montículos, especialmente los productos cerámicos, nos dan una idea de lo que hicieron aquellos antiguos pobladores del Norte, en las artes plásticas. Desde luego se ve que estaban en la infancia del arte. Sus obras parecen ensayos, su fuerte es la

ornamentación geométrica; no concibieron aquellas concepciones decorativas de que nos han dejado tan hermosos restos los pobladores del Yucatán y de Méjico. En la cerámica, sobre todo en los vasos de los montículos, se ve que si desconocían, como



Vaso con adornos rojos de distintos tonos  
(De un montículo del Missouri.)



Vaso de arcilla porosa, para refrescar el agua.  
(Procede de un montículo.—Pertenece al Museo de San Luis.)

parece, la rueda del alfarero, sabían en cambio conseguir formas regulares, sencillas, graciosas á veces; sabían trazar adornos incisos sobre la arcilla fresca, hacer combinaciones lineales, adornar con círculos, lunas, festones dentados, de colores, y mode-



Pipa de barro cocido  
(De un montículo del Missouri.)

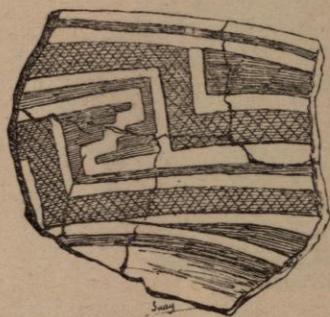


Pipa tallada en piedra dura; representa un gato montés.  
(Procede de un montículo.)

lar figuras humanas, figuras de patos, etc., que luego solían pintar, variedades que recuerdan las de los vasos del Perú. En los vasos de los *pueblos* vemos aparecer los meandros, esos meandros escalonados, tan característicos de la ornamentación americana. El trabajo de las obras plásticas, vasos figurativos é ídolos, unas veces es tos-

co y bárbaro, otras veces es concienzudo y acabado. Hay vasos en forma de pato, hay adornos figurativos y hay pipas talladas en piedra dura, como una que representa un gato montés y otra un tucán, ambas procedentes de montículos, que son de una fineza de ejecución y de un carácter que permite sospechar la existencia de una influencia japonesa. Pero en general, ni en los montículos ni en los *pueblos* hallamos tan patente como en la América central, la influencia del Extremo Oriente.

Resumiendo: en todo esto que podemos llamar, sin referirnos á la cronología, la primera manifestación del arte americano, encontramos ya una característica esencial y es el trazado geométrico. Esta característica aparece con los primeros ensayos,



Fragmento de vaso decorado con meandros pintados.  
(Procede de un *pueblo* del Arizona.)

pues en las piezas cerámicas recogidas en los *restos de población* se advierten unos trazados geométricos hechos sin duda con lianas entretejidas sobre la superficie húmeda de la arcilla. No hemos de insistir sobre los trazados que sirven de plantas á los terraplenes y montículos, ni en las sencillas cuadrículas que dibujan las plantas de los *pueblos*, ni en los ornatos cerámicos que les eran predilectos á los constructores de unos y otros monumentos del Norte. En la plástica vemos la obra infantil, la obra bárbara y la obra que interpreta la naturaleza de un modo sencillo, con cierta reminiscencia, á veces, del arcaísmo oriental. Y en todo ello descubrimos al hombre primitivo,

constituído, que vive bajo un régimen comunista, apercebido á defenderse de otras razas ó de tribus rivales, que desarrolla su débil condición estética en obras hijas del cálculo y de la observación del natural; pero no de la imaginación ni mucho menos de la fantasía. En la plástica llega á ser espiritual, porque quiere reproducir la vida del natural y no siente la bella morbidez del modelo vivo; en el trazado geométrico llega á ser ingenioso de un modo inconsciente, porque le falta fantasía para sacar partido de aquellos elementos.

Tal es el americano primitivo, que llegó á un grado de civilización relativa; y cuenta que aunque la historia de América está sumida en tinieblas aun, no disipadas, no falta quien conjeture que los montículos y terraplenes fueron elevados desde los comienzos de nuestra era hasta el siglo VI ó el XII, y que los *pueblos* aun había algunos de ellos habitados cuando la conquista española y otros lo estaban todavía en días recientes; de donde se deduce que aunque aquellas dos razas del Morte, *mounds builders* y *cliff-dwellers*, tuvieran relación con las gentes más civilizadas de Méjico y de la América central, pudieron aquéllas ejercitarse en su arte primitivo mientras éstas levantaban los grandiosos monumentos, de que nos ocuparemos en el artículo siguiente que es donde veremos hasta dónde llegaron aquel prurito geométrico y aquel espiritualismo que son, por decirlo así, los dos elementos esenciales del antiguo arte americano.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA